

Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia

Juan David Villa Gómez, Verónica Andrade, Lina Marcela Quiceno
(Editores y compiladores)



303.69
A489

Villa Gómez, Juan David, autor
Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia. / Juan David Villa Gómez [y otros 29 autores] --
1 edición -- Medellín : UPB, 2021.
416 páginas, 14 x 23 cm. (Colección Ciencias Sociales; No. 14)
ISBN: 978-958-764-978-9

1. Conflicto armado - Colombia -- 2. Conflicto armado - Barreras psicosociales - Colombia --
3. Paz - Barreras psicosociales -- Colombia -- I. Título (Serie)

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia

ISBN: 978-958-764-978-9

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-978-9>

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Psicología

CIDI. Grupo de Investigación en Psicología; sujeto, sociedad y trabajo (GIP). Proyecto: Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia (Fase II). Radicado: 325C-11/18-10

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Director Facultad de Psicología: Rodrigo Mazo Zea

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Gestora Editorial: Dora Luz Muñoz Rincón

Diagramación: María Isabel Arango Franco

Corrección de Estilo: Delio David Arango

Fotografías: Lina Marcela Quiceno

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2082-14-04-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Capítulo 8

Creencias sociales como barreras psicosociales para la construcción de la paz en Colombia desde una perspectiva generacional en Bogotá

María Paula Gastelbondo Morales,
María Camila Leal Palacios,
Nicolás Peláez Pérez*,
Adira Amaya Urquijo**

Resumen

En el esfuerzo por ampliar dimensiones de comprensión de las barreras psicosociales para la paz en Colombia desde un proyecto compartido entre varias universidades del país, este capítulo centra la atención en las creencias sociales que se configuran como barreras, siguiendo la pista de mujeres y hombres de sectores sociales medios y altos residentes en Bogotá que votaron a favor y en contra de los acuerdos de paz en el plebiscito. Anclado en la pers-

* Psicólogos de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, su trabajo de grado es la base para el presente capítulo.

** Magíster en Comunicación, docente Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia. Correo: aamaya@javeriana.edu.co

pectiva de jóvenes y adultos, revela que, si bien es importante reconocer y visibilizar las barreras psicológicas en la construcción de paz, también emergen creencias mediadoras entre las generaciones al recuperar experiencias situadas en distintas posiciones de poder que se hace necesario diferenciar para analizar los significados que les atribuyen, y ver la forma como los opuestos frente a la paz no siempre resultan nítidos para rescatar sus posibilidades conciliadoras.

Palabras clave

Paz en Colombia, barreras psicosociales para la paz, creencias sociales, generaciones, creencias mediadoras.

Introducción

A cinco años del plebiscito por la paz en Colombia, tras otros tantos de negociaciones en La Habana entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) para encontrar solución al conflicto armado nos encontramos todavía recorriendo este largo y complejo camino en medio de profundas divisiones en nuestro país. El 2 de octubre del 2016 los colombianos y colombianas fueron citados a dar un espaldarazo al acuerdo de paz que pondría fin a más de cinco décadas de confrontación armada con las Farc, arrojando como resultado un elevado nivel de abstención que alcanzó un máximo histórico del 62,59 % en elecciones recientes, dando el triunfo a los que lo rechazaban con muy escasa diferencia porcentual, menor del 0,5 %, frente a los que estaban a favor. Aunque este mecanismo de refrendación popular en su momento no condujo al fracaso del proceso, y el resultado de la consulta llevó a que se hicieran modificaciones a los acuerdos introduciendo buena parte de las consideraciones aportadas por la oposición, se impuso la lectura e implementación del acuerdo menos benevolente que llegó a alterar su rumbo.

Aunque el régimen de visibilidad mediática se negó a entender la paz como un propósito nacional (Bonilla y Tamayo, 2002; González, 2018), muy cerca de la firma se hacían incontrovertibles los importantes logros del proceso con la disminución drástica de los enfrentamientos y el número de muertos asociados con el conflicto interno. Y en la etapa final del acuerdo, sectores de la misma sociedad civil hacían pedagogía por la paz a escasamente un mes del

plebiscito para que la opinión pública conociera la totalidad de lo pactado tras años de diálogos herméticos, mientras los opositores frente a los mismos lograban reproducir rápidamente la doctrina del miedo y del enemigo interno. Además, se hicieron evidentes las tensiones o distanciamientos que ya existían entre las diferentes posturas frente al plebiscito en las relaciones entre las personas, en los núcleos familiares, laborales, religiosos, estudiantiles y, en general, en espacios de interacción cotidiana a causa de las opiniones políticas, como lo han mostrado en sus distintos matices los estudios reunidos por este equipo de trabajo (Velásquez, Barrera y Villa Gómez, 2020; Avendaño y Villa Gómez, 2021).

Era innegable el profundo daño que el prolongado conflicto armado había producido en la cultura política del país arrojando altos grados de polarización que se agudizaban ahora con la adhesión o rechazo a los acuerdos (Villa Gómez, Quiceno, Aguirre y Caucil, 2019d y también el segundo libro que recoge esta investigación). Para buena parte de la población, la guerra ya estaba haciendo parte de la vida corriente, e inclusive la oposición venía promoviendo la negación de su existencia. También se producía el repliegue frente al proceso de paz con mucho escepticismo por la desconfianza que generaba el grupo armado de las Farc, o por la dificultad para comprender el alcance pragmático que tendría el acuerdo para lograr los cambios tan anhelados ante el prolongado abandono del Estado, así la contundencia o proximidad de los daños y afectaciones de la guerra se hicieran evidentes.

Antes del plebiscito, Colombia había vivido un conflicto interno que generaba una dinámica de guerra psicológica, instaurando una profunda fragmentación en el tejido social afectando la subjetividad política (Martín-Baró, 1990). A raíz de los resultados de la consulta, varios académicos de distintas disciplinas, se dieron en la tarea de abordar miradas más complejas y pausadas del proceso de construcción de la paz en el país, siendo uno de ellos la Red Nacional de Investigadores en Barreras Psicosociales para la Paz y la Reconciliación en Colombia, que tuvo su origen en las universidades Pontificia Bolivariana y la de San Buenaventura de Medellín.

Este equipo de trabajo empezó a arrojar comprensiones, especialmente desde lo que se ha dado en llamar barreras psicosociales para la paz, inspirado en la teoría del psicólogo social Daniel Bar-Tal, para dar cuenta desde una perspectiva situada en las diferentes

regiones del país, de las orientaciones emocionales (Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera y Estrada, 2019c; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, Gonzáles, Haber y Roa, 2019b; Estrada, Oliveros y Rentería, 2019), las narrativas de pasado (Villa Gómez y Barrera, 2021; Villa Gómez, Avendaño, Agudelo, Castro, Buitrago y Hoyos, 2019a) y las creencias sociales (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez, Rodríguez, González, Roa, Haber, Gaitán, Agudelo y Hoyos, 2020a), o sus intersecciones (Villa Gómez, 2020; Villa Gómez, Velásquez, Barrera y Avendaño, 2020b), las cuales llevan a los individuos y sociedades a adaptarse a condiciones de conflictos de larga duración favoreciendo su desarrollo y permanencia, pudiéndolos hacer intratables (Bar-tal, 2007; Hameiri, Bar-Tal y Halperin, 2014), tal como se desarrolló en los referentes teóricos del capítulo 2.

En el marco de la investigación *Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia*, consideramos que si se aspira a la construcción de una paz real y duradera, ha de apuntarse a la transformación de esa cultura bélica que se actualiza en las lógicas relacionales de procesos de socialización que configuran subjetividades sociales e individuales atravesadas por la ideología, que se cristaliza como cultura, a través de narrativas del pasado, creencias sociales y emociones políticas que devienen en barreras psicosociales para la paz y la reconciliación (Bar-Tal, 2010), las cuales, si no se intervienen con fines transformadores, pueden condenar a una sociedad a un conflicto armado de carácter destructivo, intratable y permanente en el tiempo (Barrera y Villa Gómez, 2018, p. 465), que ya ha generado un profundo trauma psicosocial y que ha padecido estrategias de guerra psicológica (Martín-Baró, 1990), limitando la capacidad crítica reflexiva de las personas frente a las implicaciones de este conflicto en el país.

En acuerdo con esta premisa, buscamos explorar específicamente las creencias sociales que emergieron en el plebiscito por la paz del 2016 en la capital del país. Vale la pena recordar que, desde la primera elección de Antanas Mockus a la alcaldía en 1995, Bogotá venía consolidando un escenario político en la elección de sus mandatarios con el voto independiente, no partidista, que lograba convocar nuevas franjas de ciudadanos, respecto a municipios más pequeños donde el clientelismo y el voto estructurado siguen siendo predominantes. Entonces, se consideró conveniente poner la atención en las creencias que respaldaron los discursos del Sí y del No frente al plebiscito

en esta ciudad, de modo que pudiéramos comprender las barreras que están impidiendo el diálogo con la postura opuesta a la propia, y aquello que obstaculiza la construcción de la paz desde una mirada intergeneracional, guiados por el siguiente interrogante: ¿Cuáles son las creencias sociales que se configuran como barreras psicosociales para la construcción de paz comparativamente entre personas jóvenes y adultas de sectores medio y alto en Bogotá?

El estudio buscó describir las creencias sociales que se configuran como barreras psicosociales para la paz a partir de entrevistas realizadas a doce personas adultas y jóvenes de sectores medios y altos que habitan en la ciudad de Bogotá, y que votaron a favor o en contra de los acuerdos de paz en el plebiscito. Se adoptó una metodología cualitativa con un enfoque fenomenológico-hermenéutico, y se tomó como instrumento el guion de entrevista semiestructurada diseñado para la macroinvestigación nacional, y en una perspectiva narrativa como lo plantea Avendaño Ramírez en el capítulo 3.

En el marco de este trabajo atendimos el llamado en tiempos de guerra en El Salvador de Ignacio Martín-Baró (1985), antes de ser inmolado con sus correligionarios, de avanzar hacia la producción de un conocimiento psicosocial con responsabilidad ético-política frente al contexto sociopolítico, en un horizonte desideologizador, buscando ampliar alternativas emancipatorias:

En primer lugar, es necesario que el psicólogo social y aun la misma psicología social asuman la perspectiva del pueblo (...). En segundo lugar, debemos realizar una investigación sistemática de todos aquellos mecanismos que mantienen a nuestro pueblo enajenado frente a su propia realidad(...), la desideologización supone un compromiso crítico que revierta al propio pueblo el conocimiento adquirido (Martín-Baró, 1985, p. 107).

Algunos elementos de contextualización del estudio

Vale la pena considerar recorridos previos que han abordado esta ruta y que se centran en recuperar las voces o miradas de la niñez y juventud frente a la paz, pues ya se reconoce entre estos un rol

protagónico (Lequerica y Quiroga, 2018; Angulo, Quiñones y Ávila, 2018; Ospina-Alvarado y Ospina-Ramírez, 2017; Mesa, Mora y Montenegro, 2016). También se ha detectado que la mayoría de los niños y niñas en el país comprenden la paz como la ausencia de guerra, así como muchos de ellos han naturalizado la confrontación armada (Tovar y Sacipa, 2011; Núñez, Andrade y Nieto, 2019). También se ha encontrado que niños, niñas y jóvenes reproducen el relato binario de malos y buenos que varía dependiendo del contexto territorial en el que se encuentren, ya que, en las investigaciones realizadas por ejemplo desde la Universidad Javeriana de Bogotá, se denota que las percepciones de los niños y niñas cambian dependiendo de su estrato socioeconómico (Lequerica y Quiroga, 2018).

Lo anterior, es similar en las investigaciones realizadas en la región central, donde las percepciones cambian dependiendo de si los participantes del estudio están en una zona rural o urbana (Vanegas, Bolívar y Camacho, 2011). Se reconoce a su vez la importancia de la familia, la escuela y sus relaciones con pares, en la comprensión que los niños y niñas hacen del conflicto armado y la paz (Fajardo, Ramírez, Ospina y Valencia, 2017; Vanegas *et al.*, 2011).

Debemos señalar también que los discursos de los actores políticos con mayores posibilidades para contribuir con la legitimación o deslegitimación del acuerdo de paz, Juan Manuel Santos y Álvaro Uribe, utilizaron estrategias para movilizar emociones y reforzar creencias en pro de sus propias posturas. El primero de ellos, en un principio, usaba discursos que promovían el diálogo y buscaban transmitir esperanza (Cardona y Londoño, 2018), desde las creencias de necesidad de seguridad, paz, unidad social, justicia de los propios objetivos (gobierno) y autoimagen positiva. Sin embargo, luego del anuncio de los procesos de paz, su discurso se enfocó en fortalecer las creencias de la legitimidad del adversario (Farc) y sus objetivos (García y Rincón, 2017). Por el contrario, el discurso de Uribe se mantuvo constante en fomentar la indignación y el miedo frente al *castrochavismo* (García y Rincón, 2017). No obstante, en la campaña de Santos se encontró que también recurrió al miedo como estrategia, nombrando las consecuencias sociales de la posible victoria del *No*. A raíz de esto, su gobierno menospreció la capacidad movilizadora de votos de la campaña opositora. De esta forma, se asumió que el *Sí* iba a ganar el plebiscito y no se alentó la pedagogía necesaria ni se construyó un plan b para sobrellevar

adecuadamente los resultados contrarios a los esperados en el referendo (Cardona y Londoño, 2018).

Con lo que respecta a los estudios que abordaron la estrategia de las Farc -EP, uno de estos, el de Cardona y Londoño (2018), encontró que el grupo armado mantuvo un discurso medianamente uniforme en las negociaciones con el gobierno, que permaneció luego de la victoria del *No*. En el contenido de los boletines emitidos por este grupo aparecieron dos temas preponderantes. El primero, el reconocimiento del carácter político de la insurgencia, mientras que el segundo se orientaba hacia la comprensión de la rebelión como un derecho. A su vez, afirmaban y reconocían la importancia de que las víctimas fueran reparadas por todos los grupos armados, lo cual incluye las Fuerzas Armadas de Colombia. Adicionalmente, el discurso contrahegemónico que manejaba este actor buscaba que sus objetivos ganaran legitimidad, debido a su relato de haber cumplido el papel del Estado en varias zonas a las que no habían llegado los Gobiernos de Colombia (Sánchez, Lara, Rodríguez, Santamaría y Carranza, 2017).

Ahora bien, otro estudio que tomó en cuenta a la sociedad civil, en los albores del plebiscito por la paz, encontró que en la región central se realizaron investigaciones en las cuales se halló que los imaginarios colectivos se construyen a través de las relaciones cotidianas y los medios de comunicación. En estos, se exponen los efectos del conflicto armado en la economía, la política y la cultura, lo cual llevó a que se tomaran bandos dentro de la sociedad dependiendo de la información a la que había sido expuesta la persona. Además, se reconocía la importancia de la sociedad civil para la acogida de los desmovilizados. Sin embargo, también se resaltaba el papel fundamental que tenía el Estado en el cumplimiento de los acuerdos, debido al nivel de influencia en las actitudes orientadas hacia los actores del conflicto armado (Gallón y Romero, 2018).

En este sentido, la investigación adelantada por Gallón y Romero (2018) mostraba la indignación que tiene un sector de la ciudadanía frente a los beneficios que, consideran, el Estado les facilitó a los desmovilizados que se acogieron al proceso de paz. Lo cual se relaciona con las opiniones que se tienen frente a las Farc -EP en una parte de la población, pues se considera que este actor armado no tiene un carácter ideológico y que sus intereses son netamente económicos. Lo anterior también sucede con las concepciones que se tienen con respecto a los paramilitares, aunque la diferencia entre

ambos radica en la presunción de complicidad del Estado con el segundo (Núñez, Pardo y Hernández, 2005).

La historia política de Colombia se ha caracterizado por una larga y constante confrontación armada entre el Estado, grupos para estatales y diferentes insurgencias guerrilleras. Lo anterior, ha dejado fuertes afectaciones en la población del país, lo que se puede relacionar con el concepto de trauma psicosocial planteado por Martín-Baró (1988) que se refiere a una impronta en la sociedad producto de la polarización y deshumanización vivida en la guerra, reproducida en los procesos de socialización política, logrando incidir en las creencias y los comportamientos de las nuevas generaciones,

El trauma psicosocial experimentado por las personas denota entonces unas relaciones sociales enajenantes, que niegan el carácter humano del "enemigo" al que se rechaza como interlocutor en cuanto tal y al que incluso se busca destruir. La afirmación de la propia personalidad es afectada por la deshumanización del otro frente al que dialécticamente se construye (Martín-Baró, 1988, p.138).

Por otro lado, se puede establecer una relación entre las dinámicas y consecuencias de la guerra con las creencias de la población. Retomado a Bar-Tal y Halperin (2014), las creencias sociales no solo están presentes en la forma en que los sujetos comprenden la realidad, sino también en la legitimación y construcción de un orden social específico, por consiguiente, pasan a construir y legitimar una cultura que retroalimenta el conflicto. Dichas creencias se configuran a través de prácticas discursivas por medio de iconos representativos en el ámbito político, económico, social y cultural, que fomentan la legitimación del uso de la fuerza, violencia, delimitaciones moralistas y binarias del bien y el mal, que impiden la comunicación con la diferencia, pues se configuran escenarios de ideologización donde los grupos poseen creencias afines y sesgos particulares (Barreto, Borja Serrano y López, 2009; Barrera y Villa Gómez, 2018). Una contribución amplia sobre creencias sociales en el marco del estudio es ofrecida, en este mismo trabajo, por Villa Gómez y Patiño, en el capítulo 2.

Es así como Barrera y Villa Gómez (2018) retomando a Bar-Tal, categorizan ocho tipos de creencias sociales como barreras psicosociales para la paz, que fueron abordadas de forma detallada en el

capítulo 2, quedando pendiente la del realismo ingenuo, que implica que “la convicción de que los propios puntos de vista son objetivos e imparciales, mientras que los puntos de vista del otro están sesgados por la ideología, el interés propio y la irracionalidad” (Nasie, Bar-Tal, Pliskin, Nahhas e Halperin, 2014, p. 1544). Esta convicción impide la reflexión sobre las opiniones opuestas y mantiene la construcción del discurso de manera unilateral (solo teniendo apertura hacia información similar a la propia) (Barrera y Villa Gómez, 2018).

En consecuencia, Bar-Tal y Halperin (2014) refieren que con el paso del tiempo la cultura del conflicto va generando un estado de *congelación*, el cual consiste en una postura rígida e intransformable de las creencias y lecturas del mundo. Lo anterior, lleva al rechazo de contraargumentos a las posturas propias y a la validación de la información que va de acuerdo con sus convicciones, cerrando así espacios de diálogo con aquellos que piensan diferente y reforzando la división de la sociedad.

Ahora bien, estos autores también hablan sobre la posibilidad de *descongelar* estas posturas rígidas, para lo cual es necesario que se presente una nueva idea que desestabilice las creencias de las personas sobre el conflicto y que se abra la puerta a la búsqueda de alternativas a la lucha armada para su resolución. A esto Bar-Tal y Halperin (2014) se refieren como *creencia instigadora*, que lleva a que los miembros de la sociedad evalúen críticamente las creencias establecidas por la cultura del conflicto. Como paso siguiente, se pueden presentar *creencias mediadoras*, las cuales son producto de la modificación de lo que se creía previamente y van orientadas hacia la resolución pacífica de las tensiones generadas por los conflictos. Entonces, el análisis del presente estudio se centró en visibilizar las creencias rígidas que emergieron como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, como también algunos rasgos de posturas mediadoras.

Resultados

Los discursos analizados se dividieron entre jóvenes y adultos, que votaron por el *Sí* y por el *No*, y son identificados así: jóvenes del *No*: JN, jóvenes del *Sí*: JS, adultos del *No*: AN y adultos del *Sí*: AS. Estos discursos permitieron dar cuenta de las creencias sociales que configuran barreras psicosociales para la paz que fueron abordadas a partir de siete

categorías de análisis, de las cuales cuatro se tomaron de la macroinvestigación: creencias sociales sobre las Farc, paramilitares, militares, y Gobierno. Y, a lo largo de la investigación, surgen como categorías emergentes: referentes políticos, sociedad civil y oposición a la postura del entrevistado. Para la exposición de los resultados, se tuvo como eje fundamental las narrativas de los entrevistados, encontrando patrones, que luego se organizaron con base en las categorías de Bar-Tal (2013).

Fueron las que generalizaron el mal

En el análisis matricial se encuentran creencias que se configuran como barreras para la paz por parte de votantes del *No*, en el que tanto jóvenes como adultos, consideran que los altos mandos de las Farc son los actores armados que más daño han hecho, negándoles su existencia física, como se refleja en algunos relatos de los entrevistados:

Los altos mandos son los que fueron los que generalizaron el mal en todo lo que todos sabemos que fue las Farc. Porque las personas reclutadas fueron forzadas (AN1).

Y hay otros que fueron la parte de inteligencia que fue la que forzó a matar, esa persona, para mí, cadena perpetua o pena de muerte (AN3).

Esta creencia está directamente relacionada con la que representa a los combatientes rasos como personas que fueron engañadas, adoctrinadas, coaccionadas y obligadas a cometer el mal que estos *cabecillas* querían realizar, y quienes por tanto merecerían la máxima pena. Al parecer esta creencia tiene un alto nivel de generalización en otras regiones (Villa Gómez, 2019; véanse también los capítulos 4, 5 y 9 del presente libro):

Los reclutaron jóvenes y toda esa vaina y les hicieron todo ese lavado de cerebro de lo que ellos adoctrinan (AN2).

O sea, es como te decía, hay personas que fueron forzadas a matar gente. Donde se puede comprobar que fueron forzadas a matar o si no lo mataban a él... (AN3).

¿Hablando sobre cabecillas de las Farc, ellos si estaban haciéndolo por gusto, pero el soldado raso ¡No!?. (JN3).

Por otra parte, los jóvenes *en desacuerdo*, consideran que los niños y jóvenes son la población más vulnerada en el conflicto por parte de las Farc, y sin desconocer los daños ocasionados, pueden llegar a invisibilizar los recursos propios quitándoles posibilidades de acción:

Tú me dijiste algo de que esto iba a hablar de por qué voté que No... Bueno, una de las razones por las que voté que No fue porque yo no tolero nada que tenga que ver con niños maltratados, o sea, para mí los niños son como esenciales entonces yo decía, a qué costo hay que perdonar para que los guerrilleros firmen, o sea, ¿tenemos que olvidar todo lo que pasó con nuestros niños, los violados, los asesinados, los reclutados, los que se quedaron huérfanos para que se acabe una guerra? (golpea la mesa) (JN2).

A su vez, los adultos *de acuerdo* y los jóvenes *en desacuerdo*, identifican como víctimas a los excombatientes rasos de las Farc puesto que, en primer lugar, consideran que pudieron ser reclutados siendo niños de manera forzada y, en segundo lugar, en un escenario de pobreza y violencia estructural, para muchos, esta fue su única salida. Sin embargo, en este reconocimiento puede restarles la responsabilidad que pueden tener frente a los daños cometidos y justificar algunos actos de violencia debido a esta victimización, por ejemplo:

Sí, para mí son víctimas completamente, o sea yo digo un niño al que obligan a matar a sus hermanos o a sus primos o a sus papás o a verlos morir y después le dicen, tome un rifle o a usted le va a pasar lo mismo, definitivamente es una víctima, o sea, para mí mucha de la gente que entró a los grupos armados, entró ahí coaccionada y ya una vez tú haces cierto daño a la manera en la que perciben el mundo, ya después, pues es muy difícil decirles cómo, no es que abusaron de ti, o sea, muchas víctimas no saben que abusaron de ellos y piensan que están haciendo lo correcto porque les hicieron a ellos exactamente lo mismo (JN3).

Hay una violencia estructural que es la que obliga a toda esta masa de personas a seguir malos caminos, entonces la violencia

estructural comienza por, por la falta de oportunidades, entonces los que eh... empuñan las armas están en un camino equivocado, pero eh... desde su punto de vista al no haber oportunidades se van por las armas o se van por la delincuencia. Ese es un mal camino, pero hay que comprender la situación de violencia estructural que vive el país que no da pa' menos (AS2).

De otro lado, los adultos *en desacuerdo*, enfatizan en la deshumanización de los miembros de las Farc, a tal punto de atribuirles características de animales salvajes, fijándolas a su personalidad como rasgos instintivos, de su naturaleza, imposibles de controlar y de cambiar, similar a otros participantes *en desacuerdo* en otras regiones (Villa Gómez, 2019, Villa Gómez, *et al.*, 2020b; capítulos 4 y 5):

Sí, porque una persona que ha estado en armas, que ha estado en...que en cualquier momento vuelva y se le despierte y uno estar ahí al pie, eso es como el como el cuento de los animales; digamos el gato, el gato es de la selva, a él lo cogen y lo domestican, pero cualquier día saca su cuestión, mata y todo eso... es un animal salvaje (AN2).

Por el contrario, los participantes *de acuerdo* creen que los miembros de las Farc pueden cambiar y que es a través del diálogo que se puede comprender la situación en la que estuvo la persona que formó parte de este grupo armado para humanizarla. En este sentido no hay una atribución de maldad connatural ni una estigmatización que se fija en la identidad,

Quién soy yo para decirle a esa persona "tú eres mala" (...) si no lo he escuchado, si todo lo que sé de esa persona no es porque esa persona me lo ha contado sino porque hay una narración común sobre esa persona... es como el chivo expiatorio (JS1).

Entonces, eso comienza por, por la reconciliación, es como, recordar lo humano que tenemos todos dentro para comprender en qué posición estaba la persona cuando cometió esos hechos delictuosos y luego... víctimas somos todos en alguna medida (AS2).

Es una persona que no quería seguir en ese conflicto entonces por qué yo lo voy a satanizar y a obligarlo de alguna manera a volver al conflicto, o sea que tú le digas a esa persona como "no es que yo no quiero relacionarme contigo por razones de conflicto", es como decirle para mí tú sigues en el conflicto, no importa qué hagas en tu vida (JS3).

Sin embargo, en la mayoría de los y las participantes predomina una creencia de deslegitimación de las Farc y sus objetivos, coinciden en que al inicio las guerrillas estaban motivadas en intereses políticos para mejorar las condiciones del pueblo, pero que posteriormente sus ideales se desviaron por beneficios personales cometiendo acciones que se consideran moralmente malas como el secuestro, entre otras, pero especialmente todos los entrevistados coinciden en que la razón o la acción que más pervirtió sus ideales y por la cual más los juzgan es su nexa con el narcotráfico. Esto se ha constituido como una plantilla narrativa muy poderosa que ha permeado todos los sectores sociales en Colombia (Villa Gómez y Barrera, 2021).

De todas formas, en algunos participantes *de acuerdo* adultos y jóvenes, el discurso de la maldad connatural de los excombatientes de las Farc no tiene gran calado, es decir, no recargan la responsabilidad solamente en este grupo, sino que logran reconocer que, en la guerra, todos han ocasionado varios "daños profundos y atroces", lo cual no les confiere la identidad de monstruos o perversos:

¡Ufff!.. más daño. Es que no se puede cuantificar en el sentido en que realmente todos, independientemente el nombre, todos han hecho mucho daño. Entonces, creo que más que decir las FARC o el ELN o no sé qué, creo que es un conjunto donde hay que meterlos a todos en la misma bolsa (JS1).

En relación con los militares, se encontraron creencias que pueden representar barreras para la construcción de paz, especialmente en los adultos que no están a favor de los acuerdos. Bajo el discurso de la seguridad, consideran que las fuerzas militares existen para proteger al país de la amenaza que implica el enemigo; como se dijo anteriormente, al catalogar a las guerrillas como bandas criminales y al negarles un reconocimiento como actor político, se

alinean con el discurso del partido de Gobierno y los opositores políticos al acuerdo, para quienes en Colombia no hay un conflicto armado, sino una amenaza terrorista, generada por *bandidos* que deben ser perseguidos, castigados y eliminados. Para ese fin existen las fuerzas militares:

Las fuerzas militares están para proteger el país, y al otro lado están las guerrillas, las bandas criminales, que lo que hacen las fuerzas militares es proteger eh... a la población de estas bandas y de la guerrilla (AN3).

Sí, pienso que son las fuerzas que, son los militares que nos deben cuidar, deben cuidar el país, los ciudadanos (AN1).

Este mismo grupo poblacional de los adultos *en desacuerdo*, representan a los militares como víctimas que están siendo *perseguidos y juzgados* por los partidos políticos de izquierda, que, según ellos, tendrían algún tipo de afinidad con las guerrillas, con el fin de dificultar su labor. Esto los lleva a justificar, junto con los jóvenes del *No*, los actos de los militares por el hecho de “estar cumpliendo con su deber” llevándolos a tener sensaciones de pesar e injusticia

¿Qué siento? Yo siento pesar, por la forma en la que los están persiguiendo y los quieren acabar a través de todos esos juicios, en la JEP y todo eso... (AN2).

Yo sé que.... que... las fuerzas militares también han cometido sus errores, pero me parece muy injusto lo que están haciendo ahora con ellos, súper injusto; porque ellos estuvieron luchando siempre contra la guerrilla y ahora muchos están siendo juzgados por estar cumpliendo con la labor (AN3).

Porque mucha gente en el ejército le tocó obedecer también órdenes, y le tocó matar gente porque le dijeron que lo hiciera (JN3).

Asimismo, jóvenes y adultos del *No* justifican la violencia si viene por parte de las fuerzas militares (grupo con el que se sienten afines), reforzando la idea de que la seguridad, justicia y mejora del país se consigue reforzando la fortaleza bélica de la fuerza pública,

legitimando la violencia o eliminación del adversario; en este sentido se ha construido una representación mítica del héroe que ‘nos protege’ y ‘nos cuida’, que está fundamentada en la construcción social que se ha hecho en medios de comunicación (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez, *et al.*, 2020b):

Para...después de que hagamos la limpieza mejorar eso [refiriéndose a las Farc] Pero como te digo, sería fortalecer las fuerzas militares en el país (AN1).

Pero cuáles son las alternativas que se pueden plantear para que este país dé el paso que necesita dar (...). Que se fortalezca nuestro ejército para que acaben con toda esa guerrilla (AN3).

Tal vez para mí el soldado en este caso sí le metió cuatro tiros en la pierna... pero es su trabajo, o sea, pues lo mandaron a la guerra, ¿qué puede hacer? y este [guerrillero] va y le mata toda la familia, o sea... (JN2).

De allí, que estos participantes *en desacuerdo*, tanto jóvenes como adultos, justifiquen la eliminación del adversario/enemigo, eximiendo de cualquier responsabilidad a los militares, incluso, en algunos casos, las alianzas con los paramilitares, aunque en otros manifiestan algunas dudas al respecto:

Las fuerzas armadas como parte del Estado, debería haber parado y decirles [a los paramilitares] como "¿sabe qué? deje su rifle, cálmese y yo voy a seguir peleando, pero usted vuelva a su vida y retome a sus funciones como ciudadano (JN3).

Lamentablemente sí puede haber bajas de inocentes, que yo esté de acuerdo con que se den... obviamente no, y que se tenga que dar para acabar con un grupo como las disidencias, bala creo que no sería lo ideal, pero al final se va a llegar a eso (JN1).

Pero creo que sería más violencia, eh... en un tiempo limitado. O sea, es hacer una limpieza... para... después de que hagamos la limpieza mejorar eso (AN1).

Estos relatos evidencian una cierta legitimación de la estrategia paramilitar y su concepción como mal menor, tal como se ha mostrado en otros textos de la investigación (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez, *et al.*, 2020b). De otro lado, los participantes *de acuerdo*, tanto adultos como jóvenes, condenan todas estas acciones y alianzas de los militares porque creen que ellos deberían actuar dentro del margen de la legalidad:

Creo que sin querer queriendo avalan lo que los paramilitares hacen y se alían con ellos para derrumbar a las guerrillas. Entonces creo que es como "men, tú eres parte del Estado, ¿cómo te vas a aliar con alguno de ellos dos para derrumbar lo que tú mismo creaste? (...), miramos a los militares y ¿sí? Como que.... esas personas también hicieron resto de daño, ¿sí? Como el total de masacres que hicieron, el desplazamiento (JS1).

Digamos con mi plata, un oficial del ejército vaya y le dé la bala al otro (entre murmullos) porque yo tengo el fusil. ¡Eso es con mi plata! Y yo no autoricé eso (AS3).

Ahora bien, en relación con los paramilitares se destaca, de manera particular, la diferencia en la concepción de jóvenes y adultos. Los jóvenes entrevistados *de acuerdo* y *en desacuerdo* consideran que los grupos de autodefensas armadas tenían un fin que se podría afinicar, además de la lucha contrainsurgente, en intereses económicos y de poder, por lo que su nivel de afectación a la población civil con el desplazamiento, las masacres, los asesinatos selectivos e, incluso, las extorsiones, evidencian un accionar con altos niveles de violencia, lo cual atribuyen a los vínculos con mafias narcotraficantes.

En este punto resulta particular la ausencia de relatos y narrativas de los adultos del *No*, pues como se ha visto en otros contextos de esta macroinvestigación, sobre los paramilitares pueden existir fuertes vacíos tanto en los recuerdos y narrativas del pasado, como en la configuración de las creencias, puesto que pueden terminar siendo asumidos como similares a las guerrillas (Villa Gómez y Barrera, 2021; Villa Gómez, *et al.*, 2020a; capítulo 4).

Empezaron a surgir los paramilitares y las autodefensas que también se querían financiar del narcotráfico, entonces empezó una

lucha ahí como por los territorios y las rutas de la droga que ya se da por otras cosas (JS3).

Esa violencia paramilitar con la excusa de que estaban luchando contra los guerrilleros, en realidad estaban era reuniendo riquezas mal habidas y extorsionando y traficando con drogas (AS2).

[Conversación en torno a los paramilitares] creo que cada uno de los grupos se creó con un fin y se desvió, con pequeñas cositas como "de pronto yo para crear este grupo necesito plata" entonces voy a hablar con Pablo Escobar (JN2).

De allí que, algunos participantes, de todas las posturas, afirman que paramilitares y guerrilleros han ocasionado los mismos daños y afectaciones a la sociedad, depositando la responsabilidad en ambos y reconociendo que el dolor ocasionado a la población civil es compartido:

Realmente para mí es lo mismo, en el sentido de que le hacen daño a la sociedad, también deben pagar por todo lo que cometieron (...) Igual hacen daño, hacen el mismo daño que hacen los guerrilleros. O sea, en sus actuaciones no los veo diferentes (AN1). O sea, siento que los tres [paramilitares, Farc y militares] tienen la culpa (JN2).

Para algunos participantes *de acuerdo*, los paramilitares han sido peores que las guerrillas, bajo el sustento de que sus crímenes fueron más infames y sádicos, comprendiendo que en un momento estos grupos fueron vistos como una solución y terminaron siendo un problema, igual o peor al que buscaban erradicar.

Cuando leo historias y cuando oigo historias de personas que han sido víctimas directas, siento que los paramilitares actuaron con..., deshumanizaron mucho (JS1).

Frívolamente que ha sido mucho más grave lo que han hecho los paramilitares que lo que han hecho las guerrillas (...), las infamias que existieron de los paramilitares cuando llegaron con las motosierras, cuando llegaron y llenaron las plazas y mataron a la gente, niños incluidos (AS1).

Y con vergüenza, un participante adulto en desacuerdo confiesa: Recurrieron a esos grupos para defenderse de la guerrilla, de donde surgieron los grupos paramilitares, y desgraciadamente, lo que en un principio uno veía como una bendición, eso después se volvió..., porque salieron peor que la guerrilla (baja la voz) (AN2).

Otro de los elementos encontrados en los adultos a favor del *No*, fue considerar el acuerdo firmado en el Gobierno Uribe con los paramilitares como justo, a pesar de evidenciar vacíos en la información y desconocimiento de este, mientras que el firmado en el Gobierno Santos con las Farc es injusto, y solo trae beneficios a estos últimos para seguir cometiendo actos delictivos:

Mirábamos el proceso con los paramilitares, y los sometieron, hubo gente que se sometió, los encerraron, hay gente que está libre y todo eso; y pagaron e indemnizaron a las víctimas. Hubo procesos de indemnización, de restitución de cosas... yo en el caso de este proceso, yo no he visto eso (...) Le tocó asumirla al Estado la mayoría, sí... Entregaron poquito, pero es que estos no entregan nada (las Farc), porque están pelados..., entregaron unas escobas viejas (AN2).

[Sobre proceso desmovilización paramilitares] No. No se sintió como un acuerdo de paz; sino se sintió como algo que el Gobierno hace, algo que el Gobierno hizo en su momento, para quitar un problema, o sea, tener un problema menos. (...) Que yo recuerde, no hubo beneficios para ellos, O no sé..., que haya habido algunos que les hayan dado, algunas prebendas o algunas cosas (AN1).

Esta desconfianza del accionar de las Farc en los acuerdos también se encuentra presente en los jóvenes que están a favor y en contra, pues conciben que hay varios fallos y acciones que les hacen dudar, no obstante, no son tan radicales como los adultos *en desacuerdo*:

Así Timochenko tenga muy buenas intenciones como que... ¿Dónde de está Iván Márquez? (JS1).

[Sobre la implementación] le dieron voz y voto al partido Farc, creo que se llamaba, pero lo que yo te contaba, seguían por debajo de cuerda, entonces ¿Cómo así? ¿El país da y ellos no? (JN2).

Muchos de los participantes, más allá de su posición política y de su edad, coinciden en que debe aplicarse algún tipo de sanción que implique retribución o pago en relación con sus acciones por parte de los desmovilizados de las FARC, pues se reconoce que este actor sí ha generado daños y por ende debería hacerse justicia, sin embargo, algunos jóvenes se abren a una justicia que vaya más allá de una justicia punitiva:

¿Por qué no los meten a todos en la cárcel y ya?" o "los extraditan y ya". No se puede, o sea, hay que hacer la reparación de las víctimas, si tienen que pagar cárcel o tienen que hacer algo para poder reparar, pues es necesario hacerlo, pero no es solo meterlos a la cárcel y ya (JS3).

Ahorita los excombatientes de las Farc están en sus resguardos trabajando, aportándole a la sociedad de una o distinta forma, algunos hacen trabajos voluntarios fuera de los resguardos, trabajan dentro de los resguardos, eso es una forma de pagar (JN1).

A las FARC no las acabaron en el monte, las acabaron por el acuerdo

En relación con el Gobierno/Estado, los y las participantes suelen no hacer una diferenciación entre una y otra instancia. Se encontró, que los jóvenes y adultos *de acuerdo* piensan que el Gobierno es responsable de la creación de grupos al margen de la ley al no dar respuestas suficientes de garantías de derechos y oportunidades por la vía legal. Ahora bien, son los jóvenes del *Sí* quienes desaprueban el actuar del Gobierno con el Plebiscito, pues creen que este tenía la última palabra sobre el acuerdo de paz. Los jóvenes del *Sí* piensan que fue innecesario el plebiscito, pues consideraban que no había motivos válidos para votar por el *No*:

Si yo fuera Santos no hubiera hecho el plebiscito, ahí estoy de acuerdo (...), ¿por qué tendría que preguntársele a la gente si está de acuerdo o no con que la maten? o sea, yo no hubiera hecho el plebiscito, igual eso no tuvo repercusiones en nada porque conti-

nuaron, o sea la firma ya estaba, le hicieron algunos cambios, es cierto, pero igual se iba a implementar (JS3).

Mientras que los jóvenes del No piensan que los gobernantes toman decisiones sin considerar el pueblo, siendo innecesario el plebiscito.

Yo sentía que entre comillas el plebiscito casi que iba a ser un experimento para ver qué tan marcadas eran las opiniones sobre el conflicto en Colombia porque un plebiscito o salir a votar para ver si sacan o no sacan a alguien en realidad no tiene mucho peso aquí (JN3).

Algunos participantes manifestaron desconfianza con el proceder del Gobierno frente al acuerdo de paz, jóvenes del *No* y adultos del *Sí* lo consideraron como un montaje. No obstante, las razones de dicho montaje varían con la posición. Los jóvenes *en desacuerdo* consideran se buscaba un triunfo para el Gobierno de Santos, puesto que a este solo le interesaba ganar el Nobel de paz, y para la guerrilla, porque podría acceder al poder de una manera fácil y expedita. Mientras algunos adultos *de acuerdo* consideran que fue una estrategia del Gobierno Santos, cuyo objetivo era el fin las Farc, con un costo más bajo en términos de vidas y de presupuesto:

Yo sentía que ese acuerdo no estaba reparando nada, ni estaba llegando a ninguna paz. O sea, yo sentía que el acuerdo, literal, era una forma de que la guerrilla triunfara un poco y de que el Gobierno triunfara y mostrara que en Colombia se había firmado la paz (JN2).

Lo que yo terminé pensando cuando ganó el No es como que se me empezaron a armar las fichas de lo que te acabo de contar: la publicidad tan chimba, el no haber hecho campaña realmente los grandes gamonales, que hubieran devuelto la gente, se hubiera acabado la plata antes del tiempo y que ganara el No significaba renegociar algunos puntos. Eso debilitó a las Farc y significa derrotarlas todavía más, entonces no las acabaron en el monte, las acabaron por el acuerdo, porque políticamente los debilitaron (AS1).

Por su parte, los adultos y los jóvenes del *No* creen que su voto no contó, que al final en el plebiscito, el presidente Santos no escuchó la voz del pueblo y que se le hizo trampa a la democracia, puesto que expresaba desaprobación a la firma de los acuerdos y, a pesar de su victoria en las urnas, el proceso continuó, por lo que consideran que el plebiscito fue un engaño:

[El plebiscito] Eso fue una farsa. O sea, ¡Hubo plebiscito y no lo aplicaron! (sube la voz, tono de indignación) Entonces..., el Gobierno y Santos acabó haciendo lo que quería. Sí... Todo el mundo dijo que 'No'... No escucharon al pueblo. Hicieron... hicieron toda... no sé ni para qué lo hicieron si acabó haciendo Santos lo que quería (AN3).

Por otro lado, los adultos a favor y los jóvenes en contra, coinciden en que no hay un criterio u objetividad en los colombianos frente al plebiscito, pues estos se dejan llevar más por su emocionalidad, llegando a tomar posturas desinformadas a la hora de votar o al tomar preferencias políticas. En este mismo sentido, consideran que hay falta de criticidad por parte de los colombianos a la hora de tomar decisiones políticas, puesto que, por su falta de educación, falta de conciencia de los derechos, entre otros, seríamos una población fácil de engañar.

Había una serie de noticias falsas, para embrabucunar a la gente y que votara de mal genio. Entonces, si tú votas de mal genio entonces votas con los sentimientos y no con la cabeza..., no pensando en el bien común (AS3).

Acá la única opción es, Ah, bueno si entonces me voy a poner bravo y voy a ver a cuál de los entes del conflicto que conozco le voy a echar la culpa y me voy a poner bravo con ese ente del conflicto y fin. No voy a averiguar qué más pasó (...), yo siento que la gente toma banderas de una postura y otra, otra vez, porque está de moda y porque todo el mundo quiere seguir agarrándose en redes sociales (JN3).

Además de lo anterior, los jóvenes participantes en esta investigación, tanto *de acuerdo* como *en desacuerdo* consideran que

hay sectores de la población que no tienen capacidades críticas, que consumen de manera irreflexiva todo lo que les ofrecen los medios de comunicación masiva y que, en este país, la gente suele asumir posiciones extremistas. La diferencia estriba en que, en el caso de los jóvenes del *Sí*, estas atribuciones se hacen principalmente a los grupos uribistas, mientras que en los jóvenes del *No*, se direccionan hacia votantes tanto a favor como en contra en el plebiscito:

¡Uff! Totalmente [sube la voz], sí, o sea, yo sé que suena mal tomar como a Uribe de abanderado del No, pero yo conozco mucha gente que, sin ningún problema, si le dicen que Uribe les dijo que saltaran, entonces saltarían de un edificio (JN3).

En el mismo sentido de lo anterior, y paradójicamente, los jóvenes a favor y los adultos en contra, consideran que la posición que tomaron en el plebiscito es por solidaridad y empatía con las víctimas, y que los que votaron en sentido contrario son desconsiderados. Por esta razón los jóvenes *de acuerdo*, reprochan a quienes votaron *No*, por considerar que votar *No* en el plebiscito, y según el imaginario social del momento en la ciudad de Bogotá, era legitimar la guerra y querer que se mantuviera:

E: Tú sientes esta rabia, esta frustración frente a estas personas...
¿Qué crees que merecen?

JS2: Bueno, voy a decir algo paila, no. Ok, esto sale de la rabia, en realidad no lo haría jamás, una mierda, pero merecerían entonces sentir o vivir o ver en realidad lo que están, a lo que están votando que sí votando No al plebiscito, o sea la guerra, que vayan a ver, o sea, no que vivieran pero sí que fueran a ver como en carne propia qué pasa si voto No o qué pasa si los acuerdos no se dan.

Mientras que, los jóvenes del *No* rechazan este punto de vista y sienten que ese juicio impuesto sobre ellos, además de ser injusto, desconoce su preocupación para que se hiciera un acuerdo de paz que tuviera sensibilidad con las víctimas, no se cayera en la impunidad y el Estado saliera fortalecido; por lo que también consideran que es injusto el haber sido categorizados como uribistas:

Yo le decía "pero es que a ti quién te dijo que si yo voto por el No quiere decir que yo no quiera la paz", y me decía, "pues es que estás votando que No", "pero es que yo no estoy votando que no ¡a la paz!" y eso fue lo que se malinterpretó. Entonces ella me decía "¿tú eres uribista?", "¿tú eres... no sé qué...?" (...). Igual siempre se generaba una perspectiva de que no, que entonces "este man es uribista", "tiene sus razones, no es uribista pero sí se tiende más a la derecha", "entonces el man es clasista, el desprecia a los pobres, entonces no sé, como que tiene la vida de millonario"... se generaban muchas perspectivas como individuales acerca de uno (JN1).

Por otro lado, y desde la orilla opuesta, casi que en un juego de espejos que devela la polarización que se ha construido en Colombia alrededor de esta problemática, los jóvenes *en desacuerdo* perciben a los partidos políticos de oposición con rasgos negativos, atribuyéndoles características que atentan contra su seguridad y creando una barrera entre *ellos y nosotros*. Es decir, de lo mismo que se quejan en relación con la forma como son categorizados por quienes votaron *Sí*, estos jóvenes les atribuyen estereotipos y prejuicios a los simpatizantes de Gustavo Petro, categorizando, a su vez, y deslegitimando las posturas políticas de estos sectores, atribuyendo que son un riesgo para la democracia. Así pues, en el trato mutuo, los unos son señalados de ser enemigos de la paz y los otros del orden social, las instituciones y la actual democracia en Colombia:

Las personas que estaban por el partido de Petro, no me acuerdo su nombre, eran re... o sea de verdad yo salía re asustada, "voy a mirar bien que no me estén persiguiendo", o sea, porque es gente que asusta, es de esa gente que, suena horrible lo que voy a decir y me vas a escuchar en la cara, pero es de esa gente que si tú vas caminando dices como "mejor me cruzo y evito que me roben" (JN2).

Por último, tanto en jóvenes como en adultos del *No*, se encuentra una creencia de deslegitimación hacia Gustavo Petro, consideran que si llegara al poder se afectaría desfavorablemente el país, además, al asociarlo con la guerrilla les genera desconfianza. Pero en esta misma línea, varios participantes, exceptuando los jóvenes a favor, consideraron al presidente Duque un personaje que con poca apropiación y seguridad en sus decisiones se deja manipular por otros. Sin em-

bargo, hay posturas distintas frente al accionar del presidente. Para los adultos del *No*, a Duque le falta firmeza. En cambio, los jóvenes del *No*, junto con los adultos del *Sí*, creen que la manipulación sobre Duque proviene de Uribe y el partido Centro Democrático, que se enfoca en atacar los acuerdos. Ellos lo deslegitiman de manera más explícita. Son los adultos en contra del acuerdo los únicos que consideran a Álvaro Uribe como figura de poder y protección; para ellos, su Gobierno significó seguridad estatal y crecimiento económico, a pesar de las muertes implicadas al respecto.

Uno de los puntos más fuertes y que coincide con lo encontrado en otros escenarios de esta investigación (Villa Gómez y Arroyave, 2018; capítulos 4, 6, 7 y 9 de este libro y capítulo 6 del segundo libro) consiste en la creencia del deseo de paz (Bar-Tal, 2013), puesto que todos los y las participantes de todas las posturas, la desean, la anhelan y la conciben como un escenario de armonía, con ausencia de conflicto, por lo que creen que la paz es una utopía, algo imposible o difícil de alcanzar. Así pues, la piensan en términos trascendentales o universales en la que todos como sociedad deberían tener libertad y la tranquilidad. Sin embargo, y tal como lo afirman Bar-Tal (2013) y Villa Gómez y Arroyave (2018), esta perspectiva idealizada de la paz devalúa cognitivamente y axiológicamente la paz como proceso de negociación política de un conflicto armado con una insurgencia armada que fue demonizada por más de veinte años:

[Hablando sobre lo utópico de la paz] pues ese, que todos podamos estar de acuerdo(...), no necesitamos que el Estado nos dé cosas si nosotros nos ayudamos entre nosotros, eso sería el utópico (JS3).

No, pues, digamos es lo más anhelado que pueda tener digamos cualquier persona debería sentirse de esa manera, un intangible que no tiene precio (AS3).

No pues, que vivamos todos tranquilos (AN2).

Yo creo que siempre va a haber conflicto. Nunca va a haber paz, siempre va a haber conflicto porque la misma mentalidad del hombre no va a permitir que exista esa paz (AN3).

Por otro lado, tanto los jóvenes como los adultos a favor del acuerdo coinciden en creer que existe una violencia que se encuentra en todos los humanos, nombrándola como una condición humana, conciben la violencia como un *instinto*, adhiriéndole un carácter de facilidad o predisposición para que el humano sea más violento que pacífico.

La violencia está muy permeada en nosotros (...). Y también porque parece, yo creo que es más fácil ser violento que pacífico (JS1).

Yo puedo ser pacífico, yo puedo ser todo eso, pero yo no me voy a dejar matar gratis, si sé que me van a matar, yo alguna patada le pego al que me vaya ¿sí? Algo hago, porque mi instinto de supervivencia me dice que no puedo ser un mártir porque sí, entonces eso me parece (AS3).

En síntesis, frente a los hallazgos obtenidos, encontramos que coinciden con las descripciones de las creencias que Bar-Tal (2010, 2013) propone. Con respecto a la creencia de deslegitimación, identificamos que los participantes creen que algunos actores basan sus acciones en intereses personales, desconociéndoles su carácter ideológico y reduciendo sus acciones a aquello que afecta a la población civil.

Sobre las creencias mediadoras

A su vez, encontramos como creencias mediadoras de la construcción de paz que los jóvenes a favor y en contra, reconocen que la responsabilidad y causas del conflicto no solo recaen en los grupos armados, sino por el contrario, el conflicto existe y se ha mantenido especialmente al momento de tomar las decisiones que nos conciernen como país. Los jóvenes que no están de acuerdo tienen una creencia mediadora, la cual reconoce válida la existencia de una postura contraria a la suya, y a la vez priorizan la vida, comprenden que la sociedad es diversa, privilegian el diálogo y el entendimiento antes que la expulsión

Ahora bien, en cuanto a las *creencias mediadoras*, producto de la modificación de lo que se creía previamente y van orientadas hacia la resolución pacífica de las tensiones generadas por los conflictos (Bar-Tal y Halperin, 2014), son los jóvenes del *No*, los que creen

en el diálogo como una manera mejor y más efectiva de hacerse escuchar, legitimando la variedad de opiniones y puntos de vista, pero desaprobando todas aquellas medidas en las cuales, a través del uso de la fuerza, se quiera imponer la propia idea o cumplir con unos objetivos específicos; resuelven que es el diálogo el que permitirá poder contemplar estas otras perspectivas.

Creo que para el resto de los grupos que realmente quieren dejar la guerra (exceptuando las disidencias de las Farc), o sea no quieren dejar sus ideologías, eso no va a pasar, pero sí de otra manera. Y si esa otra manera es dialogando o por fuera de las armas creo que se les debería dar la oportunidad y tener una vía un poco más pacífica que el de las armas (JN1).

Además de lo anterior, casi todos los participantes consideran importante permitir el diálogo con personas de la postura opuesta para entender sus posiciones y argumentos en relación con sus historias de vida. Aquí se hace evidente la ausencia de los jóvenes del *Sí*. Ahora bien, con respecto a las creencias mediadoras, se encontró que la mayoría de los adultos a favor consideran a la JEP como una institución que permite justicia pues al centrarse en crímenes de violencia sociopolítica incluye a todos los actores del conflicto:

[Sobre la JEP y la comisión de la verdad] es un espacio que, si puede conciliar otros crímenes que hubo de confrontaciones como del mismo calibre, o sea, no una Yuliana Samboní sino una cosa de crímenes políticos, crímenes de Estado, ya van a la JEP (AS1).

Sí, eh..., el posconflicto sigue siendo violento, entonces tiene que la justicia especial para la paz, acoger a todos los que lleguen allí, porque de esa manera se conocerá más la verdad (AS2).

Discusión

En los análisis de los resultados se logra dilucidar la polarización existente en las creencias que se han configurado en las posturas a favor y en contra sobre el plebiscito y los acuerdos de paz. En ese sentido, todos los y las participantes configuran, sin excepción,

la idea de un otro diferente, no solo se marcan las divergencias, sino que también se concibe como un enemigo o, por lo menos, como alguien que dificulta la consecución de los ideales y objetivos propios (Villa Gómez, *et al*, 2019d). Con respecto a lo anterior, se identifica que no todos los participantes justifican la eliminación de aquel que no concuerda con los propios puntos de vista, pero sí todos consideran que, si ese otro no tuviera una postura tan distinta a la propia o si no existiese, facilitaría en gran medida la convivencia en sociedad y el desarrollo del país.

En este sentido, puede afirmarse, que el conflicto armado de larga duración deja como consecuencia que se deslegitime la otredad. Al instaurar una lógica de amigo/enemigo, seguro/inseguro, y bien/mal solo se visualiza la paz en momentos de ausencia del que es diferente, ya que este, según el orden establecido, debe ser eliminado para mejorar la sociedad (Villa Gómez, 2019). Estas lógicas guerreristas permean la cotidianidad y fracturan el tejido social, no solo frente a los actores armados, sino también en las relaciones sociales y personales, a lo que Martín-Baró (1988) considera como la *militarización de la mente*.

En Colombia, este quiebre del tejido social se refleja claramente a partir del plebiscito en el que la división de los resultados fue casi la mitad (aquellos que estaban a favor 49,78 % y los que estaban en contra 50,21 %). Desde ahí, las brechas que separan a ambos grupos se han hecho más visibles y rígidas en la cotidianidad. Es por esto que el acuerdo de paz entre el Estado y la guerrilla de las Farc-EP permite reconocer la dificultad para el trámite de los conflictos de manera pacífica, debido a que las acciones y creencias de la sociedad civil siguen orientándose a la deshumanización y desprestigio del otro, siendo acompañadas por emociones como la rabia y el odio y reproducen dinámicas del conflicto (Villa Gómez, *et al*, 2019b).

De igual manera, se pudo identificar que dentro de estas posturas binarias existen matices y extremos, ya que hay grupos poblacionales en los que la creencia se manifiesta de manera más explícita que en otros. Dentro de estas posturas resulta llamativo encontrar un punto en común entre grupos que podrían considerarse aparentemente opuestos: los adultos del *No* con los jóvenes del *Sí*, quienes deslegitiman fuertemente a un actor. Los primeros construyen una creencia deshumanizante hacia las Farc, mientras que los segundos, no consideran válidas las razones de quienes están *en desacuerdo*.

Dicha deslegitimación se relaciona con que los grupos justifiquen sus propios objetivos más allá de las consecuencias que se puedan generar para alcanzarlos, cargándolos de sentido y razón con el pretexto de actuar en beneficio de la sociedad, que se relaciona con lo que Galtung (2003) denomina *violencia cultural*. Los adultos del *No* legitiman el uso de esta violencia frente a las Farc, lo que se refleja en el comentario de AN1 “para..., después de que hagamos la limpieza mejorar eso [refiriéndose a las Farc]. Pero como te digo, sería fortalecer las fuerzas militares en el país”, mientras que en los jóvenes del *Sí* se legitima frente a aquellos que votaron *No* en el plebiscito, catalogándolos como agentes instigadores de la guerra.

A raíz de estos hallazgos surgieron varios cuestionamientos. En primer lugar, ¿qué pueden tener en común los adultos del *No* con los jóvenes del *Sí*? Consideramos que la relación se puede establecer, en parte, con la forma en que cada grupo concibe la paz. El grupo de los adultos mantiene una visión de la paz que solo se alcanza mediante la eliminación física del enemigo, es decir, la *paz negativa* (De Vera, 2016; Galtung, 2003) que consideramos se puede relacionar con que en su momento (aunque también en la actualidad), con los discursos del Gobierno de Álvaro Uribe, se fortaleció la creencia de seguridad desde la deslegitimación de la lucha revolucionaria, recreando discursos de inseguridad a causa de los enfrentamientos de ambos grupos, y legitimando acciones bélicas con la excusa de proteger el país, lo que Martín-Baró (1990) identifica como uno de los principales recursos de la *guerra psicológica*.

Además, los jóvenes del *Sí* consideran que su visión de paz es la más cercana a la justicia social, la cual se desarrolla a través de ese único mecanismo, el acuerdo. Esto consolida una visión de paz idealizada, la *paz positiva*, desde la que se solidifica la creencia deslegitimadora hacia los que votaron *No*, y se comienza a dificultar el diálogo y encuentro con estas personas, así como la posibilidad de la autorreflexión de las posturas propias. Adicionalmente, consideramos que, para muchos de estos jóvenes, el plebiscito fue su primer acercamiento a la participación política. En este sentido, es probable que las emociones que se generaron a partir de este evento novedoso, posiblemente la esperanza y la confianza, llevaran a que la elección se tomará desde una convicción que se pudo enraizar al punto de convertirse en barrera.

En segundo lugar, otra duda que surgió nos condujo a pensar ¿qué fue lo que incidió en los adultos del *No* para que consolida-

ran esa postura a diferencia de los adultos del *Sí*? teniendo en cuenta que ambos grupos vivieron parcialmente la misma época del país. El mismo interrogante surge con respecto a la generación de jóvenes y las diferencias en sus posturas. Intuimos procesos de *desideologización* (Martín-Baró, 1985) que pudieron llevarse a cabo tanto en los adultos del *Sí* como los jóvenes del *No* frente a los discursos hegemónicos presentes en su generación. De esta forma se encontraron creencias en sus discursos que pueden constituirse como *mediadoras* (Bar-Tal y Halperin, 2014), ya que promueven el respeto y valoran el diálogo, abriendo la posibilidad al encuentro con el que piensa distinto. Encontramos que ambos expresaban que intentaban, o al menos se era su preocupación, informarse de distintas maneras sobre la realidad del país, lo que pudo llevar a que se presentaran *creencias instigadoras* (Bar-Tal y Halperin) en su estructura psicosocial. Así, parece que construyeron su posición frente al acuerdo de manera crítica.

En la cotidianidad de los últimos años del país, se han evidenciado dos discursos hegemónicos sobre los acuerdos de paz que han sido difundidos por líderes políticos (Cardona y Londoño, 2018). Uno de estos discursos promueve la violencia como forma de resolver los conflictos. En contraste, el otro pretendía fomentar el diálogo y contagiar la esperanza. Sin embargo, este último pudo influir en la sobrevaloración del acuerdo, dejando por fuera otras visiones sobre la construcción de paz e ignorando la posibilidad de escuchar posturas más críticas frente a la realidad del país. En efecto, estos discursos hegemónicos en tensión se reflejan en las creencias de los jóvenes del *Sí* y los adultos del *No*.

Estas *ideologías dominantes* (Sloan, 2015 citando a Martín-Baró, 1990) instauran una visión reduccionista de la complejidad que conlleva el conflicto armado, lo que influye en la forma en que se otorgan las responsabilidades frente al mismo, en que se victimice o deslegitime más a un actor que a otro, e incluso, se desprenda la responsabilidad de los actos cometidos bajo el alegato de su accionar por un bienestar mayor (Bar-Tal, 2010). En consecuencia, las comprensiones simplistas de la realidad terminan invisibilizando los matices y entramados complejos del conflicto, así como también limitan la posibilidad de actuar sobre el entorno o incluso de imaginar hacerlo.

En cambio, es evidente el efecto que puede llegar a tener una mirada crítica sobre las *ideologías dominantes*: al cuestionarlas se genera la oportunidad de contrargumentar desde la imaginación y formas

distintas de realidad, abriendo una grieta que posibilita un intento de construcción de paz de manera distinta a las ejercidas habitualmente. En este sentido, al salirse de las lógicas binarias y lineales de la realidad, se amplía la comprensión de otras visiones de la misma. Lo anterior conlleva a que la responsabilidad frente al conflicto no recaiga de manera absoluta sobre un actor en particular y, por lo tanto, deje de ser necesario justificar la violencia para eliminarlo. Por el contrario, es importante que se faciliten espacios para buscar otras estrategias de resolución que contribuyan a construir una cultura de paz.

Cuando se amplía la mirada sobre la complejidad del país, se puede ver más allá del conflicto armado, comenzando a visibilizar otros tipos de violencia como lo es la *violencia estructural* (Galtung, 2003; 2004). Comenzar a reconocer las profundas y crecientes desigualdades, la falta de oportunidades, la corrupción en las esferas públicas, la desproporcionada e irregular distribución de recursos sociales, etc., permite humanizar al otro, ya que la lectura profunda de una situación facilita ver más allá de las etiquetas de las personas. Esto puede llevar a que se comprendan las circunstancias en las que puede tener sentido tomar caminos que no se consideran los adecuados, porque de alguna manera estos solventan las necesidades y garantías que el Estado no les proporcionó.

Con este panorama, existen brotes de esperanza hacia la construcción de una paz imperfecta, aquella que es inacabada, se presenta en forma de proceso y atiende las problemáticas que se dan en el contexto de manera crítica, estratégica y flexible. Es en este marco de interpretación donde comenzamos a cuestionar el lugar de las creencias que se configuran como barreras, y el de aquellas que median la construcción del tejido social. Emerge la posibilidad de considerar una *creencia mediadora* como aquella que desestabiliza a las hegemónicas que retroalimentan el conflicto y construyen posibilidades distintas. Para que una creencia desestabilice a las hegemónicas es necesario que se arraigue en el pensamiento crítico, puesto que permite *concientizarse* (Martín-Baró, Gaborit y Blanco, 2016) de la complejidad de las dinámicas sociales y, con la *imaginación moral* que propone Lederach (2016), se abre la posibilidad de proponer alternativas constructivas situadas al contexto. Es desde este lugar que consideramos que existe una relación cercana entre las creencias mediadoras y la paz imperfecta que propone Muñoz (2001).

También encontramos características de lo que Bar-Tal (2007; 2013) propone como *conflicto intratable*, probablemente el dialogar con la teoría ante las creencias que movilizan la transformación puede dar lugar a lo que Lederach (2016) considera necesario para el surgimiento de la *serendipia*, de la chispa de cambio, de las creencias mediadoras.

Consideraciones finales

Reconocemos dinámicas de generación de creencias rígidas que se configuran como barreras psicosociales para la construcción de paz en las dinámicas del conflicto que se ha articulado en nuestro país, que se complejiza y persiste en la actualidad. Se abren interrogantes sobre el carácter de estas creencias y sus posibilidades de transformación. A pesar de encontrarse diferencias intergeneracionales, estas no fueron un factor determinante en los resultados. No obstante, se reconoce que con los acontecimientos de la actualidad se pueden estar generando creencias como barreras y también otras mediadoras que podrían estar configurando el entramado cultural en las actuales y en las siguientes generaciones. Por último, al comparar las creencias sociales presentes dentro de los grupos generacionales se concluye que sí hay diferencias en función de la posición frente al plebiscito.

Las creencias que se configuran como barreras psicosociales nos permiten reconocer cómo la guerra sucia y psicológica fracturan el tejido social, además permiten develar los intereses de los discursos dominantes de quienes les conviene mantener el conflicto armado colombiano. Adicionalmente, el reto de las distintas esferas de la sociedad está en reconocer y apropiarse de la emergencia de creencias que puedan ser mediadoras, contribuyendo a la resolución no violenta de los conflictos y a abrir el diálogo con aquellos actores que piensan distinto al grupo propio.

Referencias

- Angulo, C., Quiñonez, A. y Ávila, N. (2018). Percepción y creencias asociadas al conflicto armado en niños, niñas y jóvenes del departamento de Boyacá. *Enfoques*, 2(2), 47-53. doi: <http://dx.doi.org/10.24267/23898798.245>

- Avendaño, M. y Villa Gómez, J. D. (2021). Polarización política y relaciones familiares: prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para la democracia y la paz en Medellín. *El Ágora USB*, 21(1), 34-60.
- Barrera, D. y Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación: aproximación a un estado de la cuestión. *EL Ágora USB*, 18(2), 459-478. doi: <http://dx.doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Barreto, I., Borja, H., Serrano, Y. y López-López, W. (2009). La legitimación como proceso en la violencia política, medios de comunicación y construcción de culturas de paz. *Universitas Psychologica*, 8(3), 737-748.
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological Foundations of Intractable Conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50(12). <https://bit.ly/3sD9AKG>
- Bar-Tal, D. (2010). Culture of conflict: Involvement, institutionalization, and consequences. Recuperado de <https://bit.ly/2RWDwVv>
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bar-Tal, D. y Halperin, E. (2014). Socio-psychological barriers for peace making and ideas to overcome them. *International Journal of Social Psychology*, 29(1), 1-30. doi: 10.1080/02134748.2013.878568.
- Bonilla, J. y Tamayo, C. (2006). Medios de comunicación y violencias en América Latina: preocupaciones, rutas y sentidos. *Controversia*, (187), 136-171.
- Cardona, L. y Londoño, C. (2018). La retórica del miedo como estrategia política. El plebiscito por la paz en Colombia. *Forum*, (14). <https://revistas.unal.edu.co/index.php/forum/article/view/69614/68787>
- Estrada, C., Oliveros, J. y Rentería, L. (2019). Emociones sociales que constituyen barreras psicosociales para el perdón y la reconciliación en Medellín. En J. Carmona y F. Moreno (eds.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 388-407). Manizales: Universidad de Manizales.
- Fajardo, M., Ramírez, M., Valencia, M. y Ospina, M. (2017). Más allá de la victimización de niñas y niños en contextos de conflicto armado: potenciales para la construcción de paz. *Universitas Psychologica*, 17(1), 1-14. doi: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy17-1.mavn>
- Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. Bizkaia: Gernika Gogoratuz.
- Galtung, J. (2018). Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia. <https://bit.ly/3b0D0wd>

- Gallón, N. y Romero, E. (2018). *Imaginarios sociales frente a la inclusión social de reintegrados según 12 personas de la ciudad de Ibagué* (trabajo de grado). Universidad San Buenaventura, Ibagué. <https://bit.ly/3vAXxiA>
- García, D. y Rincón, C. (2017). *Repertorio sociopsicológico del conflicto armado colombiano en el discurso presidencial de Juan Manuel Santos* (trabajo de grado). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. <https://bit.ly/3xJyc8f>
- Hameiri, B., Bar-Tal, D. y Halperin, E. (2014). Challenges for Peacemakers: How to Overcome Socio-Psychological Barriers. *Policy Insights from the Behavioral and Brain Sciences*, 1(1), 164-171. doi: 10.1177/2372732214548428.
- Harto de Vera, F. (2016). La construcción del concepto de paz: paz negativa, paz positiva y paz imperfecta. *Cuadernos de Estrategia*, (183), 119-146.
- González, V. (20 de marzo de 2018). El papel de los medios en la construcción de la paz. Zero. <https://bit.ly/3aWtdav>
- Lederach, J. P. (2016). *La imaginación moral: el arte y el alma de la construcción de la paz*. Bogotá: Semana Libros.
- Lequerica, A. y Quiroga, A. (2018). *Significaciones sobre violencia y paz en niños de diferentes estratos socioeconómicos* (trabajo de grado). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. <https://bit.ly/3aXNk7Z>
- Martín-Baró, I. (1985). La desideologización como aporte de la psicología social al desarrollo de la democracia en Latinoamérica. *Avepso*, 8(3). <https://bit.ly/33h08Ce>
- Martín-Baró, I. (1988). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*, 7(28). <https://bit.ly/3uo4VOg>
- Martín-Baró, I. (1990a). De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*, 9(35). <https://bit.ly/2Srsl7p>
- Martín-Baró, I. (1990b). La encuesta de opinión pública como instrumento desideologizador. *Revista de Psicología de El Salvador*, 9(35), 9-22.
- Martín-Baró, I. (2018). *El realismo crítico: fundamentos y aplicaciones*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Mesa, O., Mora, A. y Montenegro, M. (2016). *Significados sociales de construcción de Paz: jóvenes promotores y promotoras de paz* (trabajo de grado). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. <https://bit.ly/3nKFjst>
- Muñoz, F. (2001). La paz imperfecta. <https://bit.ly/33fz0Uo>

- Nasie, M., Bar-Tal, D., Pliskin, R., Nahhas, E. y Halperin, E. (2014). Overcoming the Barrier of Narrative Adherence in Conflicts Through Awareness of the Psychological Bias of Naïve Realism. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 40(11), 1543-1556.
- Núñez, K., Andrade, M. y Nieto, C. (2019). *Imagen de paz de los niños del grado 5 de la institución educativa Carlos Julio Umaña Torres del municipio de Tópaga* (trabajo de grado). Universidad de La Salle, Bogotá. <https://bit.ly/3b2HP87>
- Ospina-Ramírez, D. y Ospina-Alvarado, M. (2017). Futuros posibles, el potencial creativo de niñas y niños para la construcción de la paz. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(1), 175-192.
- Sánchez, V., Lara, J., Rodríguez, A., Santamaría, L. y Carranza, J. (2017). Análisis del discurso en torno a los diálogos de paz. <https://bit.ly/3tderCB>
- Sloan, T. (2015). Una carta a Ignacio con respeto a la tarea de la desideologización. *Teoría y Crítica de la Psicología*, (6), 6-11.
- Tovar, C. y Sacipa, S. (2011). Significados e interacciones de paz de jóvenes integrantes del grupo “Juventud Activa” de Soacha, Colombia. *Universitas Psychologica*, 10(1). <https://bit.ly/3nO5I8w>
- Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. (2019). Reporte general víctimas del conflicto armado. <https://bit.ly/3nFIEZG>
- Vanegas, J., Bonilla, C. y Camacho, L. (2011). Significado del desplazamiento forzado por conflicto armado para niños y niñas. *Fundamentos en Humanidades*, (2). <https://bit.ly/33gGfex>
- Velásquez, Y., Barrera, D. y Villa Gómez, J. D. (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín- Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1), 149-174.
- Villa Gómez, J. D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona y F. Moreno (eds.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365-387). Manizales: Universidad de Manizales.
- Villa Gómez, J. D. (2020). Creencias y representaciones sociales sobre el perdón, la justicia y la reconciliación en ciudadanos de Medellín y tres municipios del Oriente Antioqueño. En A. Ruiz, A. Valderrama y A. Galindo (comps.), *Justicia, memoria e integración: debates teóricos en el marco de las instituciones sociales* (pp. 227-273). Medellín: UPB.
- Villa Gómez, J. D. y Arroyave, L. (2018). Creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas sobre la paz negociada en ciudadanos de Medellín. *Kavilando*, 10(2), 449-469.

- Villa Gómez, J. D., Avendaño, M., Agudelo, M. C., Castro, V., Buitrago, C. E. y Hoyos, S. (2019a). Víctimas lloradas y no lloradas. A propósito de la fabricación del recuerdo en ciudadanos de Medellín sobre cuatro crímenes de guerra en el marco del conflicto armado colombiano como barreras psicosociales para la construcción de la paz. *Kavilando*, 11(1). <https://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/295>
- Villa Gómez, J., Rodríguez, M., Gaitán, L., González, M., Haber, J. y Roa, J. (2019b). Emociones sociales y políticas en la construcción y la obstrucción de la paz en ciudadanos de estrato social medio-alto de la ciudad de Bogotá. *El Ágora USB*, 19(2), 352-371. doi: 10.21500/16578031.4393.
- Villa Gómez, J. D., Rúa, S., Serna, N., Barrera, D. y Estrada, C. (2019c). Orientaciones emocionales colectivas como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. *El Ágora USB*, 19(1), 35-63. doi: <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>
- Villa Gómez, J., Quiceno, L., Aguirre, V. y Caucil, E. (2019d). El fenómeno de polarización entre 'Petristas' y 'Uribistas' de la ciudad de Medellín: creencias y emociones movilizadas en los grupos frente al adversario y sus respectivas figuras políticas. *Kavilando*, 11(2). <https://bit.ly/331E6Dk>
- Villa Gómez, J. D., Rodríguez, M., González, M., Roa, J., Haber, J., Gaitán, L., Agudelo, M. y Hoyos, S. (2020a). Creencias Sociales sobre el conflicto armado y la paz negociada como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en ciudadanos de Bogotá. *Tempus Psicológico*, 3(1), 15-43.
- Villa Gómez, J. D., Velásquez Cuartas, N., Barrera Machado, D. y Avendaño Ramírez, M. (2020b). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-52.
- Villa Gómez, J. D. y Barrera, D. (2021). *Narrativas del pasado como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Medellín y tres municipios de Antioquia*. En S.V. Alvarado, A. Klaus Runge-Peña, J.J. Jaime-Salas, M.C. Ospina-Alvarado y J.A. Loaiza de la Pava. Educación y pedagogías críticas para la paz en Colombia en tiempos transicionales (pp. 197-241). Manizales. Editorial Universidad de Manizales.